



PONENCIA

CAMINOS EDUCATIVOS

La Piedra Panche: Trazo y Espíritu²⁰

Ponencia recibida el 20 de diciembre de 2017 y aceptada el 16 de mayo de 2018

Ernesto Gutiérrez Barrero²¹
ernestogut90@hotmail.com

En la montaña sagrada se miraba el territorio. Desde allá, se desplumaba el ave que Tocaimas, Anapuimas, Suitamas, Lachimies, Anolaimas, Siquimas, Chapaimas, Calandaimas, Calandoimas, Bituimas, Tocaremas, Sasaimas, Guatiquies, entregaban como ofrenda para que los vientos condujeran la empresa próxima y los espíritus bendijeran las manos, los pies, la palabra y sobre todo, el corazón de los hijos de Tulima, tropeleros sagrados, que anunciaron con la caracola el grito de combate, Guazábara (Martínez, 2005), y marcaron su voluntad de trascendencia en la batalla contra aquellos que transgredieron los límites de su existencia.

Porque la Panchigua (Martínez, 2005) era la tierra de la existencia en donde las ramas de los chicalás florecidos elevaron su mirada al cielo y tiñeron de amarillo lo que luego sería el carmín profundo de los vencidos. En ella regó su agua vital el gran río que juntaba la montaña con el llano, el extremo con lo próximo, que más que límite, era contigüidad de ese Yuma que ordenaba y desplegaba la vida, proyectada en los resquicios de las lomas donde se inscribieron las grafías en piel-de-piedra, para grabar en la memoria lo que siempre fueron esos primeros que caminaron por estos lares, los insumisos, que en palabras del Juan de Castellanos, fueron:

Gente belicosa, robusta, diestra, suelta y alentada: en lanza, maza, flecha venenosa; desde que nace bien ejercitada. Con el mortal veneno preparaban los jáculos agudos y pertrechos...son osados y suelen acabar valientes hechos, y el que parece del los menos fuerte, ningún recelo tiene de la muerte. En las celadas cada cual experto por montes, por quebradas, por ancones, tomar un alto, defender un puerto, sin perder convenientes ocasiones; y si batalla es a descubierto, diestros en ordenar sus escuadrones; vivos en descubrir cualquier engaño de do podría resultarles daño. (...) No les da fatiga yerto frío, ni sienten las congojas del estío. La paz de estos indios es la más incierta, la más traidora, falsa y alevosa; son de bajas y viles condiciones, prontos en cautelas y traiciones. Contra ellos se enfrentan los hombres de Jiménez de Quesada al frente de los cuales va Jerónimo Hurtado

e Mendoza. (Citado en Martínez, 2005, p.102)

Frente a esos hoy nos miramos, para entender lo que inscribieron en los peñones que se esconden entre malezas y cumbres garbosas de caminos indescifrables, esos lugares que marcaron los parces que no le huyeron a la pelea, que frentieron la sinrazón del dominador y escondieron sus razones en pedazos de significaciones que hoy hay que completar, como tarea iniciática que hunde el sentido de la búsqueda del vestigio en esa huella multiforme, centrifuga y desplegada en sí, como la vida, que se presenta sin nombre, porque el nombrar la limita en lo que es: sombra, sobre sombra y éxodo de sí misma. Hoy plantados en este lugar, miraremos esas piedras.

Hace algún tiempo preguntó Lacan: “¿Por qué no hablan los planetas? (...) porque no tienen boca (contestó un eminente filósofo, historiador de las ciencias)” (2008, p. 356). Más que los planetas, las piedras tienen mucho qué decir, pero solo les hablan a los que saben oír:

Por eso, nos hemos obligado a apostar por una forma que le de relieve a la palabra muda de las plantas, al ruido de los truenos que anuncian lo que la caracola pidió en ofrenda, a escuchar el pago que empujó la maraca tañendo el alma en el ir y venir de su sonaja y en el crujir de la montaña que arriesga el músculo de su fuerza arrasante, al ser desnudada por el llamado de los tambores.

Porque pensamos que la única manera de acercarse a su verdad, es encontrar la presencia de su imagen al poetizar; al trazar con su mudez, la grafía de la existencia de su forma. Así es que se ponen a andar las montañas, en el sentido profundo de su esencia, en los raudales inasibles de las sensaciones volátiles del espíritu, porque al accionar todo ello, vemos el pliegue de su significado, de la palabra que vibra y da vida a las formas grabadas en su espalda y al hablar; revelan al iniciado su sentido.

Con este símbolo del ausente nos miramos cara a cara. Estamos ante sus improntas que atestiguan la

²⁰ Con esta ponencia se inauguró el conversatorio La Piedra Panche: Identidad y territorio que tuvo lugar en Girardot el 10 de noviembre de 2017 y que fue organizado conjuntamente por la Universidad de Cundinamarca y la Academia Superior de Artes de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas (ASAB).

²¹ Antropólogo de la Universidad Nacional de Colombia con especialización en Desarrollo Regional de la Universidad de los Andes y Magister en Estudios Artísticos de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. He sido docente por más de 20 años en Universidades como la Javeriana, La Piloto, la U. Cooperativa, ITFIP, CENDA, en áreas como antropología de la imagen, antropología simbólica, antropología económica y del desarrollo, así como antropología del arte, educación y arte entre otras. He desempeñado cargos en la administración pública como en el Ministerio del Trabajo, Secretaría de Integración Social de la Alcaldía Mayor de Bogotá, Asesor de la Secretaría General de la misma, y consultor del Ministerio de Educación Nacional. Actualmente me desempeño como docente de la UDEC y como maestro invitado de la Maestría de Estudios Artísticos de la Universidad Distrital. He pertenecido a equipos de investigación de la UPN y la U. Distrital, en estudios regionales interculturales en el primer caso y estéticas regionales en el segundo.

Impronta tomada por Ángela María Ricaurte Otavo.
Vereda El recreo, Hacienda Bélgica. Tocaima.
Cundinamarca. Nov. 11/2017



forma de su estética vital, sin la cual la existencia no cabría en el devenir significado que han grabado en sus formas, la redondez y la circularidad perenne de la marca-signo, que en sus oquedades insinuadas, imprimen como sello la distancia cero de su concentricidad, el diseño alterado por el ataurique en las cuatro esquinas que señala su simetría desde el axis, mostrando el adentro del afuera, en su rotación direccional de las trayectorias que se convierten en seis en su exterior y de su interior en tres, no siendo su mitad en su pliegue numérico, sino su equilibrio en la traslación que hace girar la forma y la convierte en espiral, un punto en el universo que se expande sobre sí, siendo él en su despliegue de su infinitud, el origen y matriz generadora que sostiene todos los puntos en el espacio.

A su lado, como custodios de la forma en su disposición plástica de continuidad compositiva, caras triangulares giran en el vértigo espiral, siempre dado por ese centro que une y desliga al girar sobre sí, que es claro y oscuro como la vida en devenir: Equilibrio dinámico que una vez es arriba y otra al lado, pero también centro desplazado. En contigüidad sintáctica, serpentea en movimiento ondulante terminando en su cola, la bifurcación de esa doble espiral que en sus cuatro pilares define un límite en su anverso que también acuña el cierre de la forma.

Centros que encuentran otros centros en iteraciones de nuevas formas, como pausas en los enunciados céntricos, crea una gramática de la piedra como instrumento morfológico, como un cosmos abierto, inclusivo, que se revierte en su configuración primera y deja ver su naturaleza que algunas veces son ápices de estructuras espirales, otras veces matices de triángulos rodeados de serpenteantes formas que se cierran sobre sí, y se abren al mismo tiempo rodeando su punto originario.

Grafo-imagen-recuerdo-palabra, es la relación que sale a la luz de ese esoterós, de eso que es lo más recóndito, de lo que está escondido, entendiendo esto como el transcurso del olvido necesario del vencido al retirarse de la presencia hacia la ausencia (Heidegger, 2016)

Pero aquí, debemos callar para que la piedra hable y, siguiendo a los hermanos mayores de las cumbres nevadas, “Tenemos que volver a las piedras para mirarnos y reencontrarnos con los principios. Desde el momento en que dejamos de entender a los animales, nos hemos ido separando de los espíritus buenos”. (Santos Curvelo y Mejía Botero, 2010, p.18).

Debemos abrir el entendimiento a ese tan reclamado “cuerpo sin órganos” (Artaud, 1977), que aprende desde la yema de los dedos y expande su entendimiento al corazón que lo atraviesa y lo bifurca en ramas espirales, que surge de la corporeidad subjetiva, al exponerse a ser cabalgado por la fuerza primordial que al ser danzado, llama a su interior para que busque la catarsis orgánica de esa ascesis necesaria al estar consigo en la inconsciencia.

Y siguen los mayores serranos indicando:

Hay mucho analfabetismo espiritual, el hombre ha perdido la capacidad de leer, tiene que recuperar la humildad para poder entender de nuevo la naturaleza y reconocer que los niños pueden aprender mucho de los lugares sagrados donde están los sabedores mayores de este territorio. Si pensaran como las piedras podrían pensar para siempre. (Santos Curvelo y Mejía Botero, 2010, p.19).

Pensar para siempre es dejar improntado el saber en el cuerpo que construye un mundo posible; hace que la estética oriente al logos y permita que el entramado de pulsiones que forman la expresión, no como la mera representación, sino la presión hacia afuera del entusiasmo como soplo interior de la deidad primigenia, permitiendo que la vida surja y se convierta en la flor que se talla, en el río que zigzaguea dejando su matriz serpentiforme en la piel-piedra que recubre ese cuerpo latente y nutre la fuente de lo que hay que aprender.

Aprender es llamar a Eliani el Dios Panche de las cosas buenas y a Locombo el Dios Panche del tiempo (Martínez, 2005), a que señalen el camino para entender el pasado parados en el presente, para mirar el futuro.

Y terminando como se inició, con las palabras de los negros del Sahel, solo quiero decir:

Fanga, Alafia, Ashé.
Fuerza, Paz, Así Sea

Referencias

1. Artaud, A. (1977). Van Gogh. El suicidado de la sociedad y para acabar de una vez con el juicio

de dios. Madrid: Fundamentos.

2. Heidegger, M. (2016). *El dicho de anaximandro. Byzantion nea hellás, (35), 313-357. Disponible en: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-84712016000100017>*
3. Lacan, J. (2001). *Introducción del gran otro. En: El seminario, libro 2, el yo en la teoría de freud y en la técnica psicoanalítica. Barcelona: Paidós.*
4. Martínez, A. (2005). *Los panches - los inconquistables panches del Magdalena. Bogotá: Liliana Pérez Illera y Mj. Editores.*
5. Santos, Curvelo R., & Mejía, Botero F. (2010). *Mensajes de la madre tierra en territorio muisca: Ceremonias de pagamento y visita a lugares sagrados por mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta para el primer encuentro de saberes ancestrales en Bacatá. Bogotá, Colombia: Impresol Ediciones.*